

DESAFÍOS EN EL ÁMBITO EDUCATIVO DE COLEGIOS CONCERTADOS

Me resulta muy difícil hablar de desafíos de manera concreta y escueta. Me salen mil a nivel general, en cuanto me paro. Es complicado el interrogante al nos habéis emplazado en esta pequeña parte del Congreso en lo que se refiere a los colegios y nuestro ser Iglesia.

Por eso mismo, me voy a atrever a abrir “un jardín”, como diríamos en mi equipo de trabajo, cuando sabemos que posiblemente no va a ser fácil el planteamiento, y emplazaros a tomar partido en lo que considero pueden ser dos grandes retos, los que tenemos, aquellos que trabajamos en este ámbito de la educación:

1. UN DESAFÍO AD-INTRA, QUE NO ES OTRO QUE EL DE LA PREGUNTA
2. UN DESAFÍO AD-EXTRA QUE ES AL QUE ME LLEVA LA RESPUESTA

Los dos van intrínsecamente unidos y lo más fascinante es que el segundo va a ser una derivación, desde mi punto de vista, del primero siempre. Porque dependiendo de la pregunta que se haga, de la que nos hagamos como equipo y como organización o institución, vamos a ir marcando una ruta a base de intuiciones, solos o con otros. Ya no existen las respuestas absolutas. Y esto, a veces, puede provocar miedo, porque nos gusta estar contruidos sobre “seguridades”.

Pero voy por partes:

1. EL DESAFÍO DE LA PREGUNTA

Hay un pequeño cuento zen que, de alguna manera, nos narra esto. Dice así:

*Un caballo pasa a toda velocidad, pasa como el viento.
- ¿Adónde vas tan deprisa? - Le pregunta el monje zen al jinete.
- No lo sé, ¡Pregúntaselo al caballo!, responde él.*

El desafío de la pregunta nos lleva a discernir cuál es nuestro “Para”, nuestro “Porqué” hoy. No quién hace las cosas, no quién plantea mejor sus ofertas. Sino la finalidad de las mismas. Esto es lo que marcará una dirección, sin dejarnos llevar por otros, que es lo que últimamente parece que hacemos a nivel de Colegios o Escuelas Infantiles. Necesitamos un continuo discernimiento, porque la búsqueda del sentido de nuestras Instituciones educativas, en este dinamismo vital, se ha convertido en una necesidad acuciante.

La cultura actual es una cultura basada en el cambio. Ya no podemos hablar de él como algo extraordinario, como un antes y después de una pandemia, como un momento coyuntural del que saldremos cuando todo se calme. El cambio, hoy, es cultura, realidad, normalidad. Por eso, como institución educativa, necesitamos un discernimiento permanente, que es una de las herramientas privilegiadas que tiene la Iglesia.

¿Y por qué lo considero un desafío en este ámbito? Me podéis preguntar. Porque es una herramienta contracultural: me habla de escucha y de proceso lento, que diría Adolfo Nicolás (Superior general de los Jesuitas entre los años 2008-2016. Murió el 20 de mayo de 2020). Porque su naturaleza es la búsqueda y la búsqueda no es instantánea.

Si Jesús ponía a la persona en el centro y la contemplaba en todas sus dimensiones era porque quería hacerla consciente de su Libertad. Y para ello utilizaba preguntas, preguntas reales, ciertas, cada vez más hondas. Él no decía lo que “necesitaba o tenía que hacer”. Era la propia persona la que iba re-conociendo-se y desde ahí crecía y se liberaba. La persona, para Jesús, es el centro, el foco de su mirada hacia y desde el Padre.

No sé si nosotros tenemos ahí nuestro foco. O nos hemos desviado un poquito, con otras preocupaciones. Porque poner a la persona en el centro, es concebirla como intrínseca y antropológicamente libre, y una persona libre se preguntará y nos preguntará sobre nuestro ser y hacer hoy como Iglesia. Dotar de esta herramienta a toda la comunidad educativa, es un desafío precioso. Sólo desde ahí, creo, podremos dar respuestas que pueden dar sentido a nuestro ser de escuela católica.

2. POR ESO HABLO DEL DESAFÍO DE LA RESPUESTA, porque ésta, en sí, ya va a ser otro gran reto si la ponemos en acción.

Si nos tomamos en serio la búsqueda a la que nos lleva la pregunta inicial, el “para”, poniendo a la persona en el centro, nos encontraremos, sin duda, con el desafío de las alianzas frente a la auto-referencialidad institucional en la que nos movemos continuamente, aunque nuestro mensaje oficial sea otro.

No nos podemos permitir el lujo de andar solos. Abrirnos a otros es soltar también para poder estar donde no se llega, donde no hay respuestas a necesidades acuciantes; es el momento de co-crear con los que hoy componemos la Iglesia y con muchos otros miembros de la sociedad.

Y éste, es para mí, es otro de los grandes desafíos que tenemos encima de la mesa.